EUGENIO DE OCHOA: REFLEXIONES SOBRE EL VIAJE Y EL VIAJERO

EUGENIO DE OCHOA: REFLECTIONS ON TRAVEL AND TRAVELLERS

Raquel Sánchez
Universidad Complutense de Madrid

Resumen: Eugenio de Ochoa no fue un viajero al uso. Residió parte de su vida fuera de España, en especial en París, y sus viajes siempre estuvieron motivados por razones de orden práctico. Sus escritos no responden al estereotipo del libro de viajes. Sin embargo, están llenos de interesantes observaciones acerca de la modernidad, la vida urbana y la forma en la que se crean los estereotipos nacionales.

Palabras clave: Viaje. Modernidad. Vida urbana. Estereotipos nacionales. Eugenio de Ochoa.

Abstract: Eugenio de Ochoa was not an ordinary traveller. He spent part of his life outside Spain, especially in Paris, and his travels were always motivated by practical reasons. His writings do not conform to the stereotype of the travel book. However, they are full of interesting observations about modernity, urban life, and the way in which national stereotypes are created.

Keywords: Travel. Modernity. Urban life. National stereotypes. Eugenio de Ochoa

Eugenio de Ochoa (1815-1872) forma parte de ese plantel de escritores que, no habiendo pasado al canon literario, jugaron un papel muy relevante desde otros ámbitos, como la crítica, el periodismo, la traducción o las instituciones culturales y educativas. Las aportaciones intelectuales de estos autores secundarios y, sobre todo, las redes de contactos y relaciones en las que se insertaban y que forman el paisaje cultural de una época nos ayudan a desterrar la ya vieja imagen del creador solitario y aislado que, fracasado o exitoso, lo hace todo por sí mismo, tanto hundirse en el desengaño como alcanzar la celebridad. El nombre de Eugenio de Ochoa está asociado a una de las empresas periodísticas con resultados más positivos para la cultura española: la revista *El Artista*, que creó con su cuñado Federico Madrazo y en la que colaboraron la mayoría de los escritores, pintores y músicos que actualmente encuadramos en la generación romántica (Rodríguez Gutiérrez, 2011). Sin embargo, la vida intelectual de Ochoa no se quedó atrapada en los años treinta pues, aunque no pudiera consolidar una carrera literaria sólida en las décadas posteriores, nunca cesó de escribir ni de permanecer atento a las novedades literarias. Su trabajo como traductor constituyó, de hecho, una de las vías por las cuales pudo acceder a las nuevas corrientes culturales europeas, lo que le permitió reflexionar ampliamente acerca de la difusión de las ideas y de las formas de apropiación de estas en distintos contextos. Por otra parte, su presencia en diversos ámbitos de la política y de la actividad cultural del reinado isabelino nos permiten considerarlo un personaje al que tener en cuenta por la agudeza de sus observaciones y su experiencia en diversos campos de actividad (Sánchez, 2017b).

En este texto nos centraremos en sus observaciones acerca del viaje y los viajeros, así como del significado cultural, social y personal que, en opinión de Ochoa, tiene el viaje en las personas. Dado que en su trayectoria vital los desplazamientos fueron una actividad muy frecuente, sus reflexiones sobre esta cuestión merecen una atención detenida.

Los viajes de Ochoa

Eugenio vino al mundo en una familia afrancesada, por lo que nada más terminar la Guerra de la Independencia comenzaron los periplos viajeros para sus miembros. Su nacimiento, de hecho, se produjo en 1815 muy cerca de la frontera con Francia, concretamente en la localidad de Lezo. Nacer entre España y Francia iba a marcar, simbólicamente, el resto de su vida, una vida que transcurriría entre ambos países. Se educó primeramente en París y después en Madrid, en el famoso colegio de Alberto Lista. A lo largo de los años viajaría repetidas veces entre ambos países, teniendo, en función de las épocas de su vida, su domicilio en Madrid o en París, aunque siempre manteniendo el contacto con las personas conocidas y con familiares en la otra ciudad. Los viajes a París y a Madrid respondieron a necesidades de tipo profesional, lo que no quiere decir que no hiciera otros desplazamientos por razones más placenteras, como los traslados a localidades francesas famosas por sus balnearios, según era costumbre en la época. Aparte de traslados puntuales a ciudades italianas y a Gran Bretaña (particularmente a Londres), los viajes más importantes, por su duración y por su naturaleza, fueron los que realizó custodiando a José Muñoz Borbón, el menor de los hijos de la reina madre María Cristina y de su marido morganático Fernando Muñoz. Realizó estos viajes junto a su hijo Carlos, de la edad de José. El primero de ellos tuvo lugar en 1861 y el objetivo era recorrer varios países europeos para que el joven aristócrata se familiarizara con otras costumbres y se diera a conocer en las cortes del continente. El segundo se produjo entre 1862 y 1863, con destino a Jerusalén, una peregrinación para que José, quien se hallaba gravemente enfermo, pudiera conocer los Santos Lugares. José murió en septiembre de ese mismo año de 1863. El hecho de que la mayoría de sus desplazamientos tuvieran unos objetivos concretos le llevó a escribir que «Jamás he ido a parte alguna movido por la necesidad», lo que nunca fue un impedimento para aprovechar «la ocasión de conocer el país que me veía precisado a visitar», así como para «consignar por escrito mis observaciones referentes a lo que en él veía u observaba digno de atención» (Ochoa, 1861, 275).

Esas observaciones aparecen dispersas en distintos textos publicados y en cartas a sus amigos y familiares. No escribió nunca un libro de viajes. Dijo, incluso, que no tenía en gran consideración a

la literatura de viajes, cuyas producciones llegó a calificar de «libros de pacotilla» (Ochoa, 1861, 66). Es cierto que valoró positivamente algunos de ellos, como el *Manual de Madrid*, de Ramón de Mesonero Romanos, o el *Manual del viajero español, de Madrid a París y Londres* de Antonio María Segovia, en los que reconocía un valor instrumental importante para los viajeros, sobre todo para aquellos que se trasladaban por primera vez a una ciudad (*La España*, 2.8.1851). Ochoa, para quien el desplazamiento y el conocimiento del mundo había sido una constante desde la infancia, contemplaba con una cierta condescendencia tanto el viaje breve, con objetivos lúdicos, como a sus practicantes, que personificaban esa nueva figura que comenzaba a hacerse frecuente: el turista. La proliferación de libros de viaje, tan detestados por Ochoa, se halla estrechamente relacionada con el fenómeno del turismo y el desarrollo de la industria editorial y de los nuevos medios de transporte, en particular el ferrocarril (Venayre, 2012).

Sus escritos sobre el viaje, sin embargo, responden a otro propósito por cuanto sus objetivos viajeros eran también otros. El más conocido de todos sus trabajos al respecto es el titulado *París, Londres, Madrid*, que se publicó en 1861. El libro no responde a un plan previamente trazado, sino que es una recopilación de artículos aparecidos en prensa en los que el autor lleva a cabo observaciones muy variadas y recoge impresiones a vuela pluma acerca de diversos temas relacionados con las formas de vida, el idioma, el urbanismo, la sociabilidad, etc., de tres ciudades que conoció bien[1]. Su otra gran aportación a la literatura de viajes fue *Miscelánea de literatura, viajes y novela* (1867), obra, como el nombre indica, en la que se combinan escritos de heterogénea naturaleza, para la que su autor seleccionó algunos textos relacionados con sus viajes. Se trata en concreto de cartas que

[1] Los textos sobre París son del año 1855, con referencias a épocas anteriores; los ambientados en Londres fueron escritos durante el viaje a esta ciudad y a otras ciudades inglesas en la primavera de 1856; y los que versan sobre Madrid son del mismo año, aunque pueden fecharse en el invierno. Casi todos ellos se publicaron en el *Museo de las Familia*s, tomo XVII, 1859 (pp. 20-24; 41-46; 51-56; 86-91; 111-116; 128-131; 164-167; 213-215; 232-237; 243-245; y 282-285). Aparecieron también como folletín en *La Época* (comenzando a principios de marzo de 1859). El libro recibió la atención de Juan Valera, quien escribió una reseña para *El Contemporáneo* (23.5.1860). Sobre él, véase Alonso Seoane, 2014, 205-226.

escribió a sus conocidos con sus observaciones de los viajes que realizó a Amberes (con motivo del congreso sobre propiedad artística celebrado en esta ciudad en 1861) y a Italia y a Palestina con el hijo de María Cristina de Borbón. Para el lector interesado son recomendables también las cartas que se cruzó con sus cuñados los pintores Madrazo, en las que nos dejó sus impresiones sobre Jerusalén, Belén, Jericó, Nazaret, Betania, el mar Muerto, el río Jordán, Beirut, Damasco, Alejandría y El Cairo, adonde llegaron los viajeros para ver las obras del Canal de Suez (Randolph, 1967, 3-87). Contamos con dos textos más sobre la cuestión del viaje. Se trata de dos trabajos muy conocidos que aparecieron en la recopilación *Los españoles pintados por sí mismos*, dirigida por Mesonero Romanos: «El español fuera de España» y «El emigrado», y que reprodujo después en *Miscelánea de literatura, viajes y novela* (Ochoa, 1843, 314-326 y 442-451; Ochoa, 1867, 108-130 y 131-148)[2].

Tipología del viajero

Una de las cuestiones que le interesan a Ochoa es la tipología del viajero. Las intenciones, los objetivos y los destinos del viaje informan acerca de las formas de vivir la experiencia de trasladarse a otro lugar e integrarse (o no) en él. Precisamente en «El español fuera de España» incide en ello con observaciones que repetirá en otros textos. De forma algo mordaz, en la línea de *Los españoles pintados por sí mismos*, nos cuenta que el prototipo de viajero español a las capitales europeas de referencia es aquel que dispone de un «tiempo tasado», que sitúa en no más de tres meses. Se trata de un viaje preparado previamente y apoyado por dos tipos de actividades: las compras y el conocimiento de las figuras señeras de la época. Para ello, este viajero se pertrecha de las direcciones de las firmas comerciales más famosas, con el objetivo de hacerse con aquellas mercancías que, después de su regreso a España, le pueden definir como un hombre (o mujer) a la última moda: sastres, zapateros, joyeros, sombrereros, etc. Asimismo, en su equipaje guarda las cartas de recomendación que le han escrito sus amistades para

[2] El final de «El emigrado» no fue completamente escrito por Ochoa, sino que en él colaboró el erudito afrancesado Sebastián Miñano, muy vinculado a él.

poder ser presentado en las casas de las figuras relevantes de esa ciudad en el ámbito de la política y de la cultura. El hecho de que Ochoa refleje esta costumbre del típico viajero español (extensible a otras nacionalidades) nos informa de dos realidades. Por un lado, el interés por conocer a los personajes famosos indica la pervivencia de la idea del genio como ser excepcional. Por otro, el hecho de que esa «cultura del genio» fue derivando en una «cultura de la celebridad», en la que individuos célebres no tanto por disponer de una reputación en un saber o arte, sino por su habilidad para atraer la atención del público por muy distintas razones, se convierten ellos mismos en centro de atracción. En todo caso, y desde la perspectiva algo condescendiente de Ochoa, para el viajero convencional el objetivo final de esas experiencias no es su enriquecimiento personal, sino el capital simbólico que adquirirá a su vuelta al país de origen, donde tanto en su apariencia física a la moda, como su relato sobre su vida social en el extranjero le otorgarán el calificativo de «cosmopolita» y de «hombre/mujer de mundo», con la importancia que esto tenía en un tiempo en el que el viaje no constituía una actividad tan habitual como lo es en la actualidad. Él mismo llevó a cabo estas prácticas, en particular la visita a los «grandes hombres» de la época (Ochoa, 1861, 197-208).

Más allá de estos comentarios y siguiendo con su tono satírico, en «El español fuera de España» Ochoa cree ver tres tipos de viajeros españoles en función del ejercicio de la comparación entre lo que se conoce y lo que resulta novedoso. Estos tres tipos reciben la denominación de «el patriota», «el cosmopolita» y «el sensato». El primero es aquel para quien lo español supera a lo extranjero, por lo que su viaje es una continua revalidación de su patriotismo. El segundo responde a todo lo contrario: para él lo extranjero es indefectiblemente mejor y ha de ser imitado en España, mostrando así un cosmopolitismo afectado. Ambos, patriota y cosmopolita, viajan para reforzar ideas preconcebidas, juzgando lo que encuentran bajo el prisma de sus prejuicios. Finalmente, «el sensato» sopesa lo que ve en sus viajes, calibrando las ventajas de trasladar a su país aquello que considera ventajoso.

En *París, Londres y Madrid* Ochoa se animó de nuevo con la taxonomía de los viajeros, remodelando en parte la clasificación anterior e introduciendo algunos matices (Ochoa, 1861, 272-276). Partiendo

del motivo por el cual una persona se decide a emprender un viaje, distinguió entre el viajero por negocios (el «menos interesante, por lo mismo que es la [categoría] más interesada»); el viajero por placer, a la que considera la clase «menos numerosa por la razón sencilla de que para pertenecer a ella es preciso ser muy rico o estar subyugado por la noble curiosidad»); el viajero que combina el ocio y el negocio (que responde a la naturaleza de su propia forma de viajar, según confiesa); y, finalmente, el denominado «viajero-ostra». Recoge aquí Ochoa una idea que también podemos encontrar en Antonio María Segovia sobre el «hombre-ostra» para referirse a aquellas personas que no sienten interés por nada y que no tienen ninguna curiosidad cultural, artística, científica o, simplemente, social. Gente guiada únicamente por el pragmatismo. Ochoa modifica un tanto esta apreciación de Segovia y define el «viajero-ostra» como una categoría del hombre de negocios describiéndolo como un «un hombre de aquellos de quienes suele decirse que entran en un país, pero que el país no entra en ellos».

Como se dijo anteriormente, Ochoa reprodujo para *Los españoles pintados por sí mismos* un texto en parte escrito por él, en parte escrito por Sebastián Miñano: «El emigrado». Este muy conocido trabajo reflejaba la realidad social de una España, la de los años treinta y cuarenta, que había visto retornar a una buena parte de aquellos que por su implicación política liberal habían tenido que abandonar el país durante los duros años del reinado de Fernando VII. Esa experiencia, padecida por Miñano, también había sido experimentada por Ochoa en su infancia y, después, durante la regencia de Espartero, regresando a España en 1844. Sus recuerdos al respecto serían muy distintos, aunque la dureza de su experiencia no presentaría muchas diferencias. En su colaboración para el libro de Mesonero, Ochoa reprodujo parte de los párrafos finales del artículo que Miñano había escrito para una publicación impulsada por Ochoa en París durante la regencia de Espartero y titulada *Revista Enciclopédica de la Civilización Europea* (Miñano, 1843; Sánchez, 2017, 337-352).

El texto lleva a cabo un interesante análisis del fenómeno de la emigración que, sin dejar de responder a un traslado desde el lugar de origen, no supone una experiencia ni placentera ni voluntaria. En todo caso, y como él mismo señala, la clave que marca la diferencia

en cómo se ha vivido el fenómeno de la emigración en tanto que viaje -y, en consecuencia, de cambio personal- viene dada por algo que, siendo muy obvio, a veces no se tiene en cuenta: las condiciones económicas en las que han de vivir los emigrados. Quienes analizamos el exilio nos ocupamos de las razones políticas que lo motivaron o de las conspiraciones para derribar un gobierno despótico, pero no percibimos hasta qué punto se produjeron procesos de desclasamiento social y de desarraigo, por lo que la experiencia del exilio, considerada desde la perspectiva del viaje, nos muestra otra faz del mismo, no siempre positiva. A pesar de ello, y como dejó escrito Miñano en el texto original y reprodujo Ochoa después, la emigración tuvo también unas facetas que, en el ámbito de la comunicación del conocimiento resultan fundamentales. Es lo que ahora conocemos como transferencias culturales, que tan bien supo ver Miñano en 1843:

> El uno observa el progreso o atraso de las artes mecánicas; el otro las costumbres domésticas y familiares; este se pone a traducir mal o bien los libros que cree que pueden ser útiles o por lo menos venderse en su patria; algunos estudian los métodos más aventajados en tal o cual ramo de industria o de agricultura; no pocos se dedican a enseñar la propia lengua y la estudian al mismo tiempo; otros siguen los cursos de enseñanza establecidos en los pueblos donde la suerte o su situación particular les permite residir; varios aprenden un oficio a que tal vez tenían inclinación cuando eran jóvenes, o de que poseían ya algunas nociones elementales; quien hace valer las habilidades que aprendió por solo recreo y enseñándolas se perfecciona en ellas; quien adquiere aplicación al trabajo, cuando antes era un haragán de por vida; los más leen una multitud de libros o periódicos que probablemente no hubieran hojeado jamás si hubiesen permanecido en su país; todos aprenden bien o mal un idioma que ignoraban la mayor parte de ellos; no hay uno que no adquiera por fuerza el hábito de la economía doméstica y el convencimiento de la inutilidad de muchas que él tenía por necesidades indispensables; y por último, ninguno deja de pensar en su país a cada cosa buena que ve en el que accidentalmente se encuentra, y que no desee llevar o introducir para bien de su patria, siendo

> a nuestro entender las emigraciones uno de los mayores estímulos al verdadero patriotismo, como que en general todo emigrado ama más a su patria que cuando nunca había salido de ella (Ochoa, 1867, 125-126).

Este texto es sumamente ilustrativo acerca de todas las facetas en las que la comunicación cultural se produce y que van desde el conocimiento de las artes mecánicas hasta la adquisición de un idioma extranjero, pasando por la enseñanza de la lengua materna a la población de acogida. Refleja también un fenómeno interesante que une el viaje con el redescubrimiento del propio país a la luz de la comparación con el país de recepción. Ese «estímulo del verdadero patriotismo», derivado de la comparación con el otro, nace del deseo de superación de las limitaciones y no de una autoestima nacional construida sobre una imagen idealizada del pasado y sobre una falta de realismo acerca de las verdaderas condiciones del país. Asimismo, el verdadero patriotismo no puede surgir del sentimiento de inferioridad que genera vivir en un país más próspero y estable y que no es el propio. El verdadero patriotismo tiene su origen en una comparación inteligente y realista que solo puede llevarse a cabo cuando se conocen a fondo esas dos sociedades, cuando se ha vivido en ellas el suficiente tiempo como para disponer de un juicio equilibrado, capaz de ir más allá de la mirada superficial que es habitual en los viajes de placer o de negocios. El emigrado, por tanto, es un viajero especial que obliga a repensar el propio concepto del viaje y a entenderlo como una experiencia plural, con significados y consecuencias muy diferentes.

La experiencia del viaje

Al margen de este viajero especial que es el emigrado, la lectura de los textos de Ochoa nos permite constatar cómo el viaje se fue convirtiendo en una actividad social que dotaba al individuo que lo practicaba de un aire cosmopolita, aunque con diferencias en función del destino al que se dirigía. La facilidad en los desplazamientos y el abaratamiento de los mismos habían producido un incremento en los viajes. Más personas podían trasladarse a otro lugar, disfrutar de nuevos paisajes y monumentos y conocer otras costum-

bres. Por tanto, y si el viaje por si mismo no marcaba la diferencia social y cultural, se hacía necesario generar otros criterios de distinción que permitieran hacer del viaje (pero no de cualquier viaje) una experiencia extraordinaria, propia de una elite. Ochoa repara en esta circunstancia de forma clara al notar la diferencia que, poco a poco, se va a ir percibiendo entre el turista y el viajero. En su *Miscelánea* nos hace partícipes de estas observaciones que ha ido realizando a lo largo del tiempo y nos dice que los viajes al sur y al oeste no otorgan ese halo de cosmopolitismo propio del viajero, sino que son los desplazamientos a lugares situados al norte o al oriente los que «acreditan [...] a un hombre de viajero». Así nos lo explica:

> ...con los primeros [los que van al sur o al oeste] estamos muy de antiguo familiarizados en España; además va unida a ellos cierta idea mercantil que les quita toda su poesía: el hombre que va a Filipinas o a América, aunque sea todo un *touriste*, nos recuerda involuntariamente el hijo o el sobrino del comerciante A o B, de Santander, de Cádiz, y de otros cien puertos, que emprendieron el mismo viaje en busca, no de románticas ruinas o pintorescas perspectivas, sino de cargamentos de cacao o de azúcar, y de productos de la industria china...

Mientras que...

> ...el hombre que se encamina al norte o al oriente, pasa desde luego, o por un caprichoso que va a sembrar alegremente sus caudales en las magníficas tiendas de Regent Street y de la rue de la Paix, o por un artista que aspira a empaparse en las inspiraciones clásicas de la deliciosa Italia, o, en fin, por un piadoso peregrino sediento de beber la fe cristiana en las sagradas fuentes de donde se derramó el cristianismo sobre todo el mundo (Ochoa, 1867, 135-136).

Las distintas percepciones sociales que distinguen al viajero del turista se hallan estrechamente vinculadas a la capacidad económica del viajero y a los objetivos que persigue su desplazamiento. Sin embargo, hay otro elemento al que Ochoa otorga una gran importancia y que nos permite reflexionar más a fondo sobre la experiencia del viaje. Se trata del bagaje cultural con el que el viajero se

acerca a su destino, algo en lo que incidieron casi todos los viajeros españoles del reinado de Isabel II. Para Ochoa esto es clave, incluso en la construcción de su propio relato sobre los lugares que visita, sobre todo porque la mayoría de ellos son ciudades o monumentos relacionados con episodios históricos, religiosos o artísticos. No hay en Ochoa un especial interés por el paisaje o la naturaleza, lo que no quiere decir que en algún momento no haga alusiones a algunas bellezas naturales, pero su contemplación de los lugares visitados se centra en el resultado de las actividades humanas. En este sentido, el recuerdo del tiempo pasado vinculado al monumento, objeto, etc. que describe le sirve para quebrar la línea cronológica del relato, rompiendo el eje espacio-temporal y conectando con ese tiempo pasado que al escritor le apela especialmente. Ese pasado concreto que llama al observador no tiene por qué ser el único de los pasados de ese monumento u objeto, pero, por alguna razón, es el que llega a él de forma más poderosa. De esta forma, el viajero con un importante bagaje cultural disfruta de una experiencia viajera más plena que aquel cuyas limitaciones le obligan a recurrir a la experiencia estandarizada que ofrecen las guías de viaje.

En los relatos de viaje es frecuente que, ante el objeto que reclama la atención del narrador, este se explaye en digresiones que tratan de explicar al lector el carácter excepcional de lo que se está contemplando. Es precisamente en ese divagar, más o menos erudito, más o menos personal, según los casos, donde el investigador encuentra elementos para llevar a cabo un análisis más profundo de lo que supuso para el autor la experiencia viajera. En el caso de Ochoa, las divagaciones de tipo histórico-erudito son menos frecuentes que las personales, lo que nos permite conocer mejor al personaje. En cualquier caso, contamos con un muy interesante párrafo de Mesonero Romanos en el que se nos describe a la perfección cómo se produce ese desencadenamiento de recuerdos en la contemplación de un referente o un espacio cultural ya conocido librescamente o en desplazamientos anteriores y en circunstancias distintas:

> Todos los monumentos que le salen al paso [al viajero], todos los sitios que pisa le son ya conocidos de antemano por los cuadros del artista o por las relaciones del viajero; y sin necesidad de preguntar a nadie, adivina y reconoce que aquellos arcos monumentales que mira a su derecha son los del acue-

> ducto de Arcueil; que aquellos palacios y bosques que tiene a su izquierda son los de Meudum y de Saint-Cloud, que aquel severo edificio que descubre en el fondo es el Hospicio y castillo de Bicêtre... (Mesonero Romanos, 1841, 77).

El peso del bagaje cultural del autor en la narración diferencia ostensiblemente al libro de viajes convencional y a la guía turística del libro de viajes más personal o de autor. También nos da pistas acerca del tipo de público al que va dirigido, del público implícito. Se trataría de un lector capaz de entender (aunque no necesariamente de reproducir) las referencias eruditas del autor y de compartir las emociones que a éste le produce el objeto que se comenta. Ambos se hallarían insertos en un mismo contexto social, cultural y emocional, de tal forma que la mirada subjetiva que proyecta el autor sobre el referente, y que lo transforma, puede ser entendida por el lector, capaz a su vez de ver ese referente bajo el prisma que le ha sido mostrado y no solo como algo «objetivo». Se podría, además, señalar que dado que los viajes de Ochoa, en este caso, se produjeron por lugares ya conocidos por otros contemporáneos -sobre todo Europa- sus observaciones sobre los territorios visitados no resultan ajenas a ese público implícito que se reconoce como un miembro más de la comunidad de personas cultas que son las elites europeas, que muestran su cosmopolitismo libresco y/o viajero leyendo este tipo de producciones.

Más allá del bagaje cultural del viajero, señala Ochoa otras ideas que condicionan su mirada. Se trata de los estereotipos que reconstruyen lo que el viajero se encuentra en su periplo en función de una serie de ideas preconcebidas acerca del lugar visitado. Esos estereotipos, que suelen tener una base común, difieren en función de las características del viajero y se transmutan en admiración o en censura dependiendo de la actitud del viajero ante el lugar visitado. En este sentido, Ochoa dedica una parte de su análisis a señalar que, al igual que los extranjeros manejan clichés sobre España que se traducen en sus comentarios y libros de viajes, también los españoles se sirven de estereotipos a la hora de juzgar los países visitados y a sus gentes. Es más, pone de manifiesto que, a menudo lo que un español cree que representa lo francés o lo inglés (las culturas más conocidas por los españoles) resulta absolutamente fuera de lugar porque no responde a la realidad:

> No tendrían bastantes caricaturas Daumier y Gavarni para ridiculizar a la parisiense que saliese a la calle como van por el Prado algunas de nuestras leonas, esclavas del último figurín, o para el mal aconsejado *dandy* que se pusiese un frac por el estilo de los que por aquí se nos figura que allá son muy *bien portés*. De estos desengaños recibirá no pocos nuestro viajero (Ochoa, 1867, 142).

Las distorsiones en la mirada proceden, nos dice Ochoa, de la imagen que sobre ambos países -o sobre los personajes que representan la elegancia en ambos países- se han construido los lectores de las numerosas publicaciones que han creado una imagen sofisticada de ellos. Siendo las naciones más desarrolladas económicamente de Europa, parece que todo lo que generan en materia de costumbres resulta imitable. Así, las publicaciones periódicas, en particular, han contribuido a consolidar una especie de código de civilidad que se trasluce en la moda y en las formas de trato social. Resulta interesante que Ochoa sea consciente de que el desarrollo de la industria editorial favoreciese que las publicaciones periódicas de su tiempo se convirtieran en verdaderos instrumentos para la creación de la imagen externa de los países que las habían producido. La inserción, cada vez más generalizada, de grabados en dichas revistas y periódicos fomentó esta tendencia y contribuyó a asociar la idea de lo elegante, lo distinguido y lo exquisito con las imágenes que sobre la conducta de las clases altas y sus pautas de consumo se difundían a través de estas publicaciones (Cruz, 2014). Los estereotipos así creados condicionaban las expectativas del viajero, a pesar de lo cual a través del viaje la persona podía corroborar la falsedad o la certeza de esos clichés. Sin embargo, sin la posibilidad del viaje el estereotipo se consolida en el conjunto de imágenes que sobre los otros países se dispone en un entorno cultural concreto.

La modernidad y el mundo urbano

De las observaciones sobre las ciudades que visitó Ochoa en distintos momentos de su vida destacan las que realizó sobre Londres y París, centros de la modernidad en su época, y que tanto darían que hablar -y que escribir- a los autores españoles que también las

visitaron y que dejaron testimonio escrito de ello (Peñate, 2011, 245-268; Sánchez, 2016, 323-332). Habiendo pasado una buena parte de su vida en la capital francesa, para Ochoa muchas de las cosas que atraían la atención de otros viajeros no resultaban tan llamativas pues las tenía ya muy normalizadas en su percepción del mundo urbano moderno. Pese a todo, y en especial, pese a su admiración por París, no hay en Ochoa una fascinación acrítica por la ciudad. Tal vez por ese conocimiento detallado de la vida cotidiana y de las ventajas e inconvenientes de la modernidad. Sin embargo, no se puede decir lo mismo con relación a Londres, ciudad que para Ochoa condensa todas las características de la ciudad moderna: la actividad continua, la enormidad del espacio, la contaminación por el humo del carbón, la indiferencia de los caminantes, las diferencias sociales, la fealdad de ciertos espacios, etc. En definitiva, la gran urbe como un lugar hostil, no concebido alrededor de la vida humana en sus componentes espirituales y estéticos, sino únicamente en la actividad productiva. Llega a decir Ochoa, incluso, que Londres no es una ciudad. Londres es otra cosa que no sabe muy bien cómo denominar:

> Londres no es una ciudad, en el sentido que damos en el continente a esta palabra. O si no, dígaseme, ¿dónde empieza, dónde acaba Londres? Una vasta extensión de terreno más o menos poblado, sin límites conocidos, sin principio ni fin, a la que unos atribuyen cincuenta millas de circuito, otros mucho más y otros mucho menos, no realiza de manera alguna la idea que los europeos nos formamos de una ciudad, o sea de un terreno circunscrito por algo, ya este algo se llame murallas, puertas, barreras o siquiera campos o monte o tierras de pan llevar. Nada de eso hay en Londres: aglomeración inmensa de casas, interrumpida con frecuencia por terrenos no poblados a que dan el nombre de parques y que suelen dejar entre una casa y la inmediata siguiente una distancia de media legua, será todo lo que se quiera, una metrópoli poderosa de un poderoso reino, un emporio de riqueza y civilización, una gran población cual de seguro no hay otra en la tierra, pero no es una ciudad en el sentido recto y legítimo de este vocablo (Ochoa, 1861, 243-244).

Todo ello no implica un rechazo a Inglaterra o a la cultura inglesa, sino una cierta incomprensión acerca de ese fenómeno nuevo que es la gran urbe moderna. Su deseo más profundo como escritor de textos sobre el viaje le conduce a tratar de conocer la vida interna de estas sociedades a las que se ha acercado. Es decir, tratar de entender las costumbres, el carácter nacional, las formas de relación social... como elementos que le permitan explicarse la vida externa de esa misma sociedad, que se plasma en su sistema político o sus creaciones artísticas. Y en ese sentido, para él la razón de la estabilidad política y del desarrollo económico de Inglaterra se halla en sus costumbres, en la propia dignidad del pueblo inglés que no ha permitido abusos y que ha exigido el cumplimiento de las leyes. Se trata de un país, explica, en el que la prensa no es solo un objeto de los partidos políticos; el ciudadano puede confiar en la policía; existe un «culto racional a la patria»; y las leyes no proceden de los caprichos de los gobernantes, sino de las necesidades del país (Ochoa, 1861, 249-250). Además, el pueblo inglés ha sabido desarrollar una rica vida hacia el interior de su casa, que se ha convertido en su refugio, para lo cual ha creado hasta una palabra para definir ese bienestar del hombre satisfecho en el espacio privado que es el hogar. Se trata del confort, que nos define de esta forma:

> En ninguna parte se entiende el bienestar interior como en Inglaterra. La palabra inglesa (*comfort*) con que se expresa ese perfecto bienestar, no tiene equivalente en ningún país, y no es extraño, porque en ninguno existe la cosa que con ella se representa (Ochoa, 1861, 252).

Son, precisamente, todos esos hábitos y costumbres los que han levantado a Inglaterra «sobre el nivel común de las naciones continentales» (Ochoa, 1861, 245). Otra cosa es su agresiva actitud hacia el exterior y su política de «usurpar y hacer suyo todo lo que pueden adquirir sin gran peligro» (Ochoa, 1867, 127). Una crítica similar lanza Ochoa a la aceptación de las brutales diferencias sociales provocadas por la industrialización y, en particular, a la situación de los inmigrantes irlandeses en la gran urbe, algo que, salvando las distancias, debía sentir muy próximo tanto por su condición de emigrado en algunos momentos de su vida como por su fe católica:

> Allí habitan los parias de esta ciudad; nada más desharrapado y hambriento, nada más corrompido y degradado que aquellas infelices víctimas de una política que debe ser muy mala, cuando tan malos resultados produce, a lo menos a la desgraciada Irlanda. Pensar, como piensan los publicistas ingleses, que la ruina, la despoblación creciente y el abatimiento profundo de la Irlanda existen por culpa de los irlandeses, me parece un despropósito y un sarcasmo: la culpa evidentemente es de Inglaterra. Parte el corazón ver en estas calles bandadas de niños medio desnudos implorando la caridad pública a despecho de la policía, o devorando en los basureros algunos restos de alimentos inmundos que disputan a los perros: esos niños son de seguro irlandeses. De cada cien desgraciadas de las que a miles inundan al caer la tarde los barrios más sospechosos de la ciudad, las tres cuartas partes seguramente son irlandesas. Irlandeses son, a no dudarlo, los nueves décimos de los vagos, de los borrachos, de los rateros [...] Hay un no sé qué de desesperado en la degradación patente del pueblo irlandés, el cual no parece sino que se ha resuelto a buscar en las emociones del vicio el olvido de sus males, y en el olvido de sus deberes una especie de venganza de la abyección en que vive (Ochoa, 1861, 357-358).

Frente a Londres, París aparece como otra encarnación de la urbe moderna, pero con sus características propias. De París destaca Ochoa su capacidad para integrar a todo tipo de personas y de intereses. En París confluyen desde los comerciantes y hombres de negocios hasta los artistas, pasando por los trabajadores manuales, los estudiantes, los aristócratas, los emigrados políticos y los franceses de provincias. De todo ello resulta una ciudad plural, en la que conviven muy distintos ambientes, que ha logrado convertirse en el centro de atracción de toda Europa precisamente por esa capacidad para integrar a personas muy dispares. Al igual que Londres, en París hay una actividad incesante en múltiples sectores productivos, particularmente el relacionado con el mundo del viaje. A ello contribuye el hecho de que la atracción que proyecta sobre los extranjeros la ha convertido en uno de los principales destinos de los viajeros, que encuentran una tupida red de establecimientos para su atención, que van desde la pensión más mísera hasta el hotel más lujoso, sin

olvidar todo tipo de restaurantes, fondas y tiendas para satisfacer las compras de los más esnobs. A este respecto, llama la atención una observación que realiza Ochoa en su libro *París, Londres y Madrid* y que tiene que ver con la presencia de la mujer en las actividades vinculadas a lo que ahora llamamos sector turístico y al mundo del comercio, trabajando como vendedoras o regentando fondas y restaurantes. Esta peculiaridad propia de París es resaltada también por otros viajeros españoles que publicaron sus libros en la misma época en que se dio a las prensas el de Ochoa. Así, Modesto Lafuente alababa la presencia de la mujer en el ámbito laboral (Lafuente, 1861, 251-252) y Roque Barcia apuntaba que esta era una de las pocas cosas que le gustan de la ciudad (Barcia, 1863, 97).

En este sentido, la proliferación de comercios, las calles llenas de gente, la actividad incesante de la ciudad y la forma en la que todo ello repercute en la actitud observadora de algunos viajeros conducen a que también Ochoa se haga eco del carácter errabundo del paseo por la gran ciudad y de la figura del *flâneur*, que tanto dio qué pensar a todos los viajeros españoles del reinado isabelino. Sobre ello reflexionaron los ya aludidos Mesonero Romanos y Modesto Lafuente, quienes ya en sus viajes de los años cuarenta identificaron al *flâneur* con la modernidad (Mesonero Romanos, 1841, 109; Cuvardic García, 2009, 23-38). Más tarde, Ochoa también se hará eco de esta figura, apoyando incluso el uso del neologismo «flanear» para castellanizar la palabra francesa y describir una realidad que, no siendo muy común aún en España, empezaba a contemplarse como una actividad asociada a la vida urbana. Así describe lo que son tanto el *flâneur* como el flanear:

> Pocos placeres conozco, en lo lícito, mayores que el de *flaner* [sic] lo cual no significa *callejear*, como dicen los diccionarios, ni *andar despacio*, ni *perder el tiempo*, ni *ir pensando en las musarañas*. Es una idea compleja, en que entra un poco de cada una de esas cosas, y de otras muchas más, pero en que domina siempre la condición de *ir observando*, *reflexionando* mucho, aunque no tanto que llegue a cansar. El *flaneur* [sic] no va embobado, ni distraído, sino por el contrario muy despierto, muy ocupado en *flanear*. Nada escapa a sus observaciones porque las va haciendo sin prisas, con la cabeza muy despejada (Ochoa, 1861, 215-216).

París constituye, por tanto, el lugar ideal para la actividad del *flâneur* tanto por el avance de la cultura urbana como «por la perfecta libertad civil que aquí se disfruta». La pluralidad de ambientes y la diversidad de personas, cada una con sus incentivos y su bagaje cultural, convierten a París en un lugar especialmente atrayente, sobre todo para los viajeros interesados en la cultura. La presencia de la cultura en la vida francesa es uno de los elementos que, para Ochoa, definen a la ciudad de París y, en general, a toda Francia. Eso es observable no solo en los grandes nombres de artistas y escritores franceses que residen en la ciudad, sino también en los franceses de provincias y en los extranjeros que acuden a ella para hacerse un nombre o para conocer a los grandes personajes de la cultura europea del siglo que, de una forma o de otra, viven o pasan por París en algún momento de sus existencias. Sin embargo, también los pequeños gestos de la vida cotidiana se hallan permeados por ese interés por la cultura. Ochoa nos ofrece dos ejemplos. Por un lado, los regalos que la gente culta y de cierto nivel social se hace en fechas señaladas. Obras de arte, muebles de escritorio, libros, bronces, aguadas, álbumes... valen mucho más como detalle personal que «nuestros regalos de pavos y chorizos» (Ochoa, 1861, 187). Por otro lado, la constatación del hecho de que los franceses son un pueblo lector que necesita «estar siempre con un periódico, un folleto o un libro». De todo ello deduce que, culturalmente, París es el foco de irradiación cultural y científica del mundo, de donde parten los saberes de todo tipo que se difunden a través de una floreciente industria editorial y de la fabricación de objetos científicos y técnicos que son adquiridos en el resto de los países. En este sentido, rechaza dar la primacía a Alemania o a Inglaterra en estas cuestiones porque el público de lo «francés», cultural y científicamente hablando, es «Europa, o mejor dicho, el mundo civilizado».

La carencia de recelos de Ochoa hacia la gran ciudad y la modernidad procede, en primer lugar, de su cosmopolitismo y, en segundo, de su conocimiento del idioma inglés y de su absoluto dominio del francés. Sus contactos y amistades en ambas ciudades, sobre todo en París, donde esas relaciones eran, incluso, familiares, le facilitaron enormemente su integración en círculos privados. Ochoa no padeció, aunque pudiera tener noción de su existencia, la sensación de aislamiento y de anonimato que otros coetáneos sintieron al

viajar a la gran ciudad y que no dejaron de registrar en sus escritos de viaje (Barcia, 1863, 22).

Exotismo en la tierra de la fe

El único destino no europeo visitado por Eugenio de Ochoa fue, como se dijo antes, Palestina y, por tanto, su única experiencia con lo que podríamos denominar «exótico» se circunscribe a este lugar. A diferencia de otros destinos no europeos, cualquier viajero del continente disponía de suficiente información y bagaje cultural como para acercarse a Tierra Santa pues la educación cristiana que la mayoría de ellos habían recibido los había preparado para reconocer ciudades y lugares con significación religiosa. El filtro de lo «cristiano» mediatizaba, por tanto, la apreciación de estos viajeros que realizaban peregrinaciones a los Santos Lugares del cristianismo. En tanto que peregrinos, su viaje se centraba en unos objetivos que poco tenían que ver con el hedonismo del desplazamiento a París o con el interés económico del viaje a Londres para hacer negocios. Por otra parte, la situación geopolítica de lo que conocemos como Tierra Santa en el Imperio Otomano convertía a este destino en una meta que, además del reclamo religioso, contaba con el atractivo de lo lejano y oriental. El viaje a Tierra Santa tenía, por tanto, un carácter de aventura del que carecían otros desplazamientos más seguros, por lo que se hacía necesario controlar los posibles peligros que habían de afrontar los fieles. De ahí que, a medida que fue avanzando el siglo, las peregrinaciones palmeras se acabaran convirtiendo en un buen negocio para las incipientes agencias de viajes (Bar y Cohen-Hattab, 2003).

El objetivo del viaje de Ochoa fue, como también se dijo con anterioridad, acompañar a José Muñoz Borbón, hijo de la reina madre María Cristina. La enfermedad del joven Borbón condicionó mucho los desplazamientos de los viajeros, entre los que se hallaba también Carlos Ochoa Madrazo, hijo mayor de Eugenio. Para Ochoa esta peregrinación tenía un significado especial pues era un ferviente católico para el que, además, la fe había constituido un refugio espiritual tras la trágica muerte de su hija Ángela. De su experiencia nos ha dejado dos cartas que, con el título de «De Jaffa a Jerusalén», incluyó

en *Miscelánea*, así como comentarios en su correspondencia con su familia y con el duque de Riansares[3].

Sus comentarios sobre lo que encuentra en Tierra Santa son interesantes ya que nos señalan la disparidad que observa entre el bagaje cultural del viajero y la realidad del territorio que tiene ante sí. El lugar aparece ante ellos como una región árida, con un clima desértico y una sociedad atrasada y pobre. Es decir, un lugar poco agradable para el viajero europeo de clase alta, el cual ha de recurrir a su acervo religioso y cultural para ver en ese territorio hostil las huellas del cristianismo. Nos dice Ochoa que «el viajero que recorre los Santos Lugares tiene que resignarse a ver más cosas en su imaginación que en la realidad. Cada uno encuentra allí la poesía que lleva en su alma: la verdad material es allí poco o nada» (Ochoa, 1867, 357). Es decir, es la fe la que convierte ese lugar yermo y desolado en un paraíso para el creyente; es la ilusión de los devotos la que convierte el desierto en el lugar por el que caminaron Cristo y sus apóstoles. Todo lo que el peregrino encuentra en Palestina son obstáculos que debe sortear para ver florecer en sí mismo la verdadera fe, un camino difícil que conduce al reforzamiento de la creencia en la religión cristiana.

Más allá de estas reflexiones religiosas, Ochoa examina también la realidad más puramente material del lugar que explora, haciendo hincapié en la pobreza y en la suciedad en la que subsiste esa sociedad que se ha encontrado, fijándose en especial en las condiciones de vida de los niños[4]. También le obsesionan las querellas entre las distintas confesiones cristianas que conviven en Tierra Santa y, en particular, en Jerusalén. Los conflictos entre monasterios, iglesias, órdenes religiosas y conventos de observancia griega y de observancia latina no favorecen al cristianismo en un entorno hostil y mayoritariamente musulmán como era, en aquel momento, Jerusalén. Lamentablemente, y aunque sea posible intuir por dónde

---

[3] Esta correspondencia se guarda en el Archivo Histórico Nacional, concretamente en el Archivo de María Cristina de Borbón-Dos Sicilias.

[4] En sus escritos, tanto públicos como privados, Ochoa presta una gran atención a la situación de la infancia, preocupándose tanto por sus hijos y los niños de su familia extensa y amistades, como por los que conoció en sus viajes. De ahí sus comentarios acerca de esta cuestión en la correspondencia con otras personas o sus apreciaciones sobre la miseria de los niños irlandeses en Londres y los que encontró en Jerusalén.

podrían haber ido sus reflexiones al respecto, no contamos con más información. En cualquier caso, para Ochoa, como le confesaba a su cuñado Luis de Madrazo en una carta fechada el 13 de abril de 1863, «esta Tierra bendita es un país salvaje, como verás el día que resucites en este valle de Josafat» (Randolph, 1967, 85-86). En definitiva, para un pragmático Ochoa, hombre culto y cosmopolita del siglo XIX, Palestina era un lugar atrasado y bárbaro, con poco atractivo, excepción hecha de la remembranza de los lugares santos del cristianismo cuyos intereses, por otra parte, se hallaban bastante desatendidos, como también le comentaba a Luis de Madrazo en la carta mencionada con anterioridad.

Fin de viaje

La trayectoria intelectual de Eugenio de Ochoa fue uno de los eslabones que unió el romanticismo con el realismo en España. Su temprana muerte nos ha impedido conocer por dónde habrían podido caminar sus intereses culturales y artísticos en la vejez. Sin embargo, a lo largo del tiempo permaneció en sus trabajos algo de esa juventud romántica en la que tuvo la oportunidad de colaborar y de hacer amistad con la generación que protagonizó el movimiento en España. Sus escritos de viaje son un buen ejemplo de lo que aquí se está comentando. Nunca tuvo entre sus intenciones al escribir sobre otros lugares el ofrecer una panorámica objetiva acerca de lo que era una ciudad o de lo que se podría encontrar un viajero en un destino concreto. Todo lo contrario. Los textos de Ochoa sobre estas temáticas se caracterizan por la fragmentariedad y la subjetividad de sus observaciones. Ochoa siempre nos muestra sus experiencias personales y nos advierte de ello. Oscilando entre la superioridad del hombre cosmopolita y la profunda humanidad de su talante personal, en sus comentarios conviven la ironía y la compasión, lo que se muestra en su obsesión por los pequeños detalles que, para él, tanto informan acerca de las personas y los países. Los grandes sucesos no nos explican mejor el mundo que las anécdotas cotidianas. Como él mismo escribió: «por eso hago yo tanto caso de las pequeñas revoluciones, de los pequeños sucesos, de todo lo pequeño, en fin, dado que haya algo realmente pequeño en el universo» (Ochoa, 1861, 37).

Bibliografía

ALONSO SEOANE, María José. (2014) «Entre presente y pasado. Eugenio de Ochoa y el Romanticismo europeo en *París, Londres y Madrid*». *La Península romántica. El Romanticismo europeo y las letras españolas del siglo XIX*. José M.ª Ferri Coll y Enrique Rubio Cremades (eds.). Palma de Mallorca. Genueve. 205-226.

BAR, Doron y COHEN-HATTAB, Kobi. (2003) « A New Kind of Pilgrimage: The Modern Tourist Pilgrim of Nineteenth-Century and Early Twentieth-Century Palestine». *Middle Eastern Studies*. 39. 2. 131-148.

BARCIA, Roque. (1863) *Un paseo por París: retratos al natural*. Madrid. Imprenta Manuel Galiano.

CRUZ, Jesús. (2014) *El surgimiento de la cultura burguesa. Personas, hogares y ciudades en la España del siglo XIX*. Madrid. Alianza.

CUVARDIC GARCÍA, Dorde. (2009) «El *flâneur* y la *flânerie* en el costumbrismo español». *Revista de filología y lingüística de la Universidad de Costa Rica*, 35. 1. 23-38.

LAFUENTE, Modesto. (1861) *Viaje de fray Gerundio por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin*. París. Librería de Garnier Hermanos.

MESONERO ROMANOS, Ramón. (1841) *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica*. Madrid. Imprenta de Miguel de Burgos.

MIÑANO, Sebastián. (1843) «Emigraciones, emigrados». *Revista Enciclopédica de la Civilización Europea*. 6. 176-187.

OCHOA, Eugenio. (1843) «El emigrado». *Los españoles pintados por si mismos*. Ramón Mesonero Romanos (dir.). Madrid. Ignacio Boix. I. 314-326.

OCHOA, Eugenio. (1843) «El español fuera de España». *Los españoles pintados por sí mismos*. Ramón Mesonero Romanos (dir.). Madrid. Ignacio Boix. I. 442-451.

OCHOA, Eugenio. (1861) *París, Londres y Madrid*. París. Baudry.

OCHOA, Eugenio. (1867) *Miscelánea de literatura, viajes y novelas*. Madrid. Bailly-Baillière.

PEÑATE RIVERO, Julio. (2011) «Viajeros españoles por Europa en los años cuarenta del siglo XIX: tres formas de entender el relato de viaje». *Revista de Literatura*. 73. 145. 245-268.

RANDOLPH, Donald Allen. (1967) «Cartas de D. Eugenio de Ochoa a sus cuñados, D. Federico y D. Luis de Madrazo». *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*. XLIII. 3-87.

RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ, Borja. (2011) «La voluntad iconográfica y aristocrática de *El Artista*». *Revista de Literatura*. 73. 146. 449-488.

SÁNCHEZ, Raquel. (2016) «Españoles por Europa: los escritores isabelinos y la modernidad». *Cuadernos de historia contemporánea*. 38. 323-332.

SÁNCHEZ, Raquel. (2017a) «*Revista Enciclopédica de la Civilización Europea*: un proyecto de mediación cultural en el exilio (1843)». *Bulletin hispanique*. 119. 1. 337-352.

SÁNCHEZ, Raquel. (2017b) *Mediación y transferencias culturales en la España de Isabel II: Eugenio de Ochoa y las letras europeas*. Madrid-Frankfurt. Iberoamericana-Vervuert.

SEGOVIA, Antonio María. (1851) *Manual del viajero español, de Madrid a París y Londres: precedido de una mención histórica de los viajes más célebres de los tiempos históricos y modernos*. Madrid. Imprenta de Gabriel Gil.

VENAYRE, Silvain. (2012) *Panorama des voyages, 1780-1920*. París. Les Belles Letres.